



# MANDARINAS DE PAPEL

MANUEL JULIÁN



# MANDARINAS DE PAPEL

MANUEL JULIÁN



Editora: *Violant Muñoz i Genovés*  
Promoción: Mediática, agencia cultural  
Tel. 93 312 01 62

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Colección: Basalto

Primera edición: Abril 2013

Segunda edición: Octubre 2013

© Manuel Julián

© Portada: Manuel Julián

© para esta edición: Ediciones Dédalo,  
editora: Violant Muñoz

Maquetación: Víctor Marimón  
victormpbcn@hotmail.com

Corrección: Susanna Tisler

ISBN: 978-84-941138-4-0

Depósito legal: B-7.451-2013

Impreso en El fantasma de los sueños, S.L.

# MANDARINAS DE PAPEL

MANUEL JULIÁN

# ÍNDICE

Capítulo	Página
Prólogo	5
Besos de guirnaldas parpadeantes	8

## PRIMERA PARTE

Paseos por el campo	25
El cartero	36
Visita inesperada	49
Breve historia sobre Parker	62
Flores en una papelera	75
El hallazgo	90
En casa del profesor Edward	106
Viaje a la península de Yucatán	114
Irene Allwood	137

## SEGUNDA PARTE

La buhardilla	151
Calle de los naranjos	172
Aeropuerto de El Prat	181
Un sueño que se hacía realidad	192
Dornier DO-18	211
Sobrevolando el Atlántico	232
Costa sur de Río Lagartos	263
Acariciar ideas	289
En la profundidad de la selva	294

## TERCERA PARTE

Una pirámide escalonada	308
Inmersión	334
El cementerio de <i>La Gloriosa</i>	341
Los guerreros águila	357
Serendipia	381
Triángulos magnéticos	404
Hombre verdadero	407
Laboratorio de Bromelias	412

## CUARTA PARTE

Regreso a Barcelona	430
Carta para Londres	439
Agradecimientos	444
Bibliografía	446
Conclusión del autor	449

# SINOPSIS

Desde hace mucho tiempo, no me es posible escuchar el rugir de un avión en la lejanía sin que mi añorada infancia resurja de nuevo. Viene a mí como el jabonoso olor en la ropa de cuna, las tardes del serial de radio con mi abuela delante de la estufa, como los diminutos soldados de plástico que se escondían bajo los muebles para no ser descubiertos.

Siempre me pregunté hacia dónde iban todos aquellos vuelos y pronto comprendí que sería hasta donde mi imaginación les llevara. En un pueblo que crecía al lado de un campo de la aviación, en el húmedo suelo donde se posaban siempre las primeras aves migratorias, chapoteando en la playa del faro, descubrí que algún día necesitaría cerrar los ojos y volver a recordar todo aquello.

El regreso de las aves y aviones a los lejanos y exóticos lugares que hoy encuentro de nuevo al abrir las páginas de este libro, uno con el aroma de las mandarinas sobre el papel.

Quizá el título induzca a pensar que se trata de un simple ardid, una frase sugerente que alguien escogió para captar la atención, pero la realidad es que, el propio título se encuentra estrechamente vinculado a la historia y a la postre es ella misma la que expresa sus sentimientos y motivos.

El argumento, aunque transcurre a mediados del pasado siglo, permite al lector de hoy sentirse plenamente identificado con los sucesos que aquí se describen, porque aunque nuestras costumbres y estilos de vida han cambiado, lo cierto es que sin llegar a obsesionarnos con lo breve y efímera que pueda resultar nuestra existencia, todos nosotros, todavía, necesitamos sentirnos amados, que lo que hacemos realmente vale la pena y que la memoria nos ayude siempre a reconocernos.

Todo comenzó siendo como otra alocada aventura arqueológica en los cenotes de Yucatán, pero ¿cómo regresas de un viaje en el que has perdido a tu mejor amigo? En el que alguien que conocías desde que eras un niño, ha sido dado por muerto.

El personaje principal, un arqueólogo de Barcelona, es una persona sencilla, o al menos lo era en 1953, hasta que una fría mañana de invierno decide embarcarse en un inquietante viaje hasta el misterioso México.

Acompañado por su compañero y amigo de la infancia, se adentran en la peligrosa selva de Yucatán, ambos estaban decididos a recuperar valiosas reliquias sedimentadas en el fondo de un Cenote sagrado, todo era como un ilusorio espejismo.

Nuestro protagonista pone en peligro su carrera, arriesga su prometedor futuro con la mujer que ama y agota casi toda posibilidad de supervivencia.

Diez años después, sin haberse perdonado y ahogándose en su propia melancolía, Santiago decide regresar de su exilio para enfrentarse a sus miedos. Seis jóvenes y dos adultos sobrevuelan el desafiante Atlántico en dirección a las selvas de Chichen Itzá.

Su segundo viaje pondrá a prueba todo en lo que cree o por lo que alguna vez estuvo dispuesto a luchar sin ni siquiera imaginar lo que le aguarda.



Comencé este libro pensando en el hermano que perdí, y me siento agradecido a todas aquellas personas que me apoyaron en esta larga y exhausta tarea de poner palabras a los recuerdos, de darles voluntad y sentido para que caminen juntas entre estas páginas antes desnudas y perplejas pero ahora rebosantes de significados.

Agradezco muy especialmente a mi esposa, su paciencia, ya que durante años esperó a que diera un orden a mis confusas referencias y anotaciones hasta la conclusión de este relato y soportó mi desesperación, dudas e incertidumbres cuando no supe como continuar, y sobre todo por las incontables ocasiones en que le dediqué más tiempo a este libro que a ella.

A ti Cristina, mi cariño sincero y profundo amor.

# PRÓLOGO

...”La arqueología además de ser una ciencia y un arte es una aventura, una aventura espiritual y física...

**El mundo de la Arqueología. C. W. Ceram, 1965**

Arqueología,...

Un puñado de hombres cavando con picos y palas durante meses, incluso años, con la única certeza de que está ahí debajo. Puede que algo así nos ocurra cuando ahondamos en cada uno de nosotros para descubrir que después de mucho buscar, todo estaba aquí, estaba desde siempre.

Me sentí así por primera vez al hojear las páginas del LIFE de 3 de noviembre de 1958 “Secreto de un bosque tropical”. Habían encontrado Tikal, en Guatemala, las fotografías correspondían a uno de los diafragmas más prolíficos en imágenes de la naturaleza, el fotógrafo Fritz Goro. Además de la belleza de sus instantáneas quedé también cautivado por el lenguaje, frases como: “El bosque húmedo tropical envuelve las tierras bajas de Guatemala septentrional con una densa maraña que le da el aspecto de una selva primigenia nunca hollada por el hombre. Hace mil años se alzaba allí la metrópoli de Tikal”...

*“Emplean machetes y hachas para desbrozar el terreno y excavan y limpian con palas, azadas y escobas de paja. Cuando cortan los árboles que han crecido en las pirámides dejan raíces más profundas para evitar que los templos se derrumben...bajo el calor sofocante en la espesura, entre enjambres de insectos, escorpiones, serpientes y vampiros...han descubierto algunos jeroglíficos mayas más perfectos encontrados hasta hoy...”*

**Tikal, Guatemala , LIFE, 3 de noviembre de 1958**

*...“El agua de la fuente sagrada de los sacrificios tiene un color oscuro y es muy turbia; a veces su color pasa del pardo oscuro al verde jade, e incluso a un rojo sangre...y es tan turbia que refleja la luz como si fuera un espejo”...*

**El camino de la fuente sagrada. Dioses, tumbas y sabios.**

**C. W. Ceram, 1953**

Pensé inmediatamente en lo mucho que me habría gustado compartir ese momento, estar allí y formar parte de la expedición, sin saberlo, una semilla estaba germinando dentro de mí, aunque la tierra ya estaba antes: Julio Verne, Daniel Defoe, Robert Louis Stevenson, Jonathan Swift, Enid Blyton, Mika Waltari, Astrid Lindgren... maravillosas lecturas y personajes de aventuras entre el elocuente silencio de bibliotecas, librerías y las clases de literatura del profesor Quílez.

Todos esos relatos de la infancia me enseñaron algo; que aquellos inhóspitos lugares rodeados de selvas, fabulosos tesoros y arriesgados viajes me estaban esperando, solo tenía que aproximar la tinta a un papel y revivirlos. Para ello reuní algunos personajes –no fue fácil-, varios adultos y seis jóvenes de todo el submundo que me arropaba. Así, frase a frase, página a página cada uno de ellos cobraban vida en un relato que me apasionó escribir y que espero que produzca el mismo efecto en vosotros. Ah..., y recordad que todos tuvimos diecisiete años, temores, celos, y espíritu de superación, cualquiera de los personajes podría ser tú mismo.

Escogí México porque siempre me he sentido atraído por su riqueza cultural, una historia de más de tres mil años y que es hoy patrimonio de la humanidad.

Los mayas estaban obsesionados con el tiempo, en esto se parecen mucho a nosotros, lo reflejaron en su escritura de ideogramas y su concepción del mundo, a ellos les debemos grandes conocimientos y pequeños placeres como el cacao, cuyas semillas fueron las monedas de antiguos comerciantes a la llegada de los españoles. Pero esto, fue hace mucho tiempo.

Sobrevolar el Atlántico en 1963 a bordo de un viejo hidroavión con seis jóvenes fue toda una proeza de, cómo diría Santiago “una total imprudencia”. Pero lo hicimos y encontramos la ciudad perdida y también su secreto mejor guardado, aunque lo cierto es que ella nos encontró a nosotros.

Bueno, ahora que todo está a punto de comenzar, solo me queda preguntarte:

¿Sobrevivirás a este viaje?

## BESOS DE GUIRNALDAS PARPADEANTES

Conocí a mi tío Santiago cuando tenía doce años. Antes de eso, no le había visto nunca. Fue durante el entierro del abuelo, una presentación sencilla, mi padre lo condujo hasta mí como si fuera necesario y me dijo:

—Giner, este es tu tío Santiago —Inmediatamente pensé: “¿qué clase de familia éramos para distanciarnos de esa manera?”

Lo que pasó después es que mi padre le miró muy severamente, yo conocía bien esa mirada, era la misma que me dedicaba antes de una reprimenda o de un castigo. Santiago solo me sonrió y luego se alejó esquivando el discurso de mi padre y dejando atrás las marchitas flores alicaídas sobre jarrones de cementerio, se alejó sin importarle otra cosa que salir de allí lo antes posible. Después de aquel día, intenté volver a verle, nadie trataba a mi padre como a un igual y sin embargo él no se había dejado intimidar por la dureza de su áspero carácter. Ese sencillo gesto me cautivó. En aquel momento me pareció, un acto muy valiente.

Siempre me había sentido como si nuestra casa fuera el cuartel general de la legión y mi padre el comandante en funciones. Normas, horarios, prohibiciones, advertencias o castigos parecidos a los arrestos domiciliarios.

Han pasado unos cuantos años desde aquella tarde en el cementerio y hoy me he sentado delante del diario de un viaje, una caja repleta de antiguas fotografías y un grueso paquete de sedosos e impacientes folios blancos. También había preparado una taza de manzanilla con miel, como me había enseñado la abuela Julia en las frías tardes de lluvia. Cerré en ese momento

los ojos como si estuviera preparando mi corazón para una íntima plegaria y esperé a que algo así como la esencia transmitida por las imágenes y los recuerdos me invadieran o me insuflaran algo de su carismático aroma de inspiración. La taza humeaba en mis manos recorriendo con su reconfortante calor cada pequeño vello de mi espalda.

Y todavía con los ojos cerrados: —“Tengo un relato que escribir”,

—pensé. Y después me arrojé al blanco desafío de unas hojas llenas de hormigas que deberían ser letras. Solo una lágrima se interponía entre la bruma de la memoria y la trémula confusión de las teclas de una vetusta máquina que antes escribía y que ahora golpeaba torpemente frases mezcladas de desaliento y esperanzas que consideraba perdidas o agotadas.

—“¿Qué saldría de todo esto?”, —me pregunté, y sin saberlo mis dedos iban sin mi al reencuentro de las páginas, de las vertiginosas hojas que contendrían en esencia toda la ansiedad, emoción y dulce melancolía de un volver hacia atrás, o quizá hacia mí mismo reviviendo los momentos y voces del ayer. De volver al inicio de aquel viaje del que desde entonces calladamente me sorprende un húmedo vapor, como neblinas al amanecer. Unas nubes que reposaban cerca de mis ojos cuando mirando hacia donde nadie pueda verme corretean temblorosas las primeras líneas de esta historia, de esta aventura que empezó así...

## *Barcelona, invierno de 1953*

Era el atardecer de un miércoles a finales de diciembre, las hojas caían de los árboles llenando el suelo de crujientes pisadas. Ese día había amanecido con las calles empapadas de humedad. Serían casi las seis cuando se dirigía a casa, pensativo, tarareando una pegadiza melodía navideña. Aumentó la velocidad al cruzar desde Gracia hasta Sant Gervasi, por lo que debió llegar en dos canciones. Las ruedas del Biscúter trinchaban la hierba de la cuneta al entrar en el viejo garaje trastero. Las inacabables estanterías le envolvieron con su multitud de cacharros y objetos que nunca necesitó, no es que no tuviera tiempo de ordenar sus cosas, sino que simplemente no quería recordar lo que evocaba en él cada uno de aquellos objetos.

Al quitar el contacto todavía se balanceaba la lámpara del techo alumbrando de un lado para otro los rincones de aquel oscuro museo de los horrores. Algún objeto había caído tras la puerta del vehículo obligándole a salir retorciéndose como una salamandra y confiado cerró de golpe. No debía de haberlo hecho. Detrás de sí un extraño ruido le hizo contener la respiración y al girar, la pelota de baloncesto le golpeó en la cabeza. En cuanto pudo abrir un ojo se abalanzó sobre él una palangana, las mangueras, un paquete de polvos contra las hormigas, el álbum de cromos "Maga" con su frasco de pegamento de arroz, además de su colección de "La risa, remedio infalible" del Reader's Digest, las ruedas de la irreparable bicicleta, los juguetes de latón del abuelo Eloy y aquel polvoriento cuadro con un texto en punto de cruz que decía: "Hogar, dulce Hogar". Estaba decorado con unos pollitos amarillos y unas mariposas que ahora revoloteaban por encima de su cabeza mientras temía parpadear para no morir sepultado en su propia casa. De pronto sonó el teléfono e intentó librarse del caos y subir cuanto antes las escaleras, pero resbaló sobre el empinado descansillo manchándolo todo de polvo para hormigas con

pegamento. Unas bolas de alcanfor rodaban saltando los peldaños y produciendo un sonido parecido al de un xilófono tocado por un aprendiz, o un collar de perlas que se rompe precipitando sus redondas burbujas sobre un frío suelo de marmolina.

Llegó casi a tiempo, con una zapatilla menos, jadeante y una antigualla de hojalata en la otra mano, no sabía cuál de las dos cosas acercarse al oído hasta que sonó su voz. En ese instante el comedor se llenó de luciérnagas y guirnaldas parpadeantes, era un susurro de miel interpretado por los ángeles que concluyó con un hiriente pitido metálico.

Solo disponía de treinta y dos minutos para la cita y subió a su cuarto a cambiarse de ropa y averse un poco, su abuelo le había enseñado que no era lo mismo llegar a tiempo que llegar con tiempo y que lo que siempre debía evitarse era hacer esperar a otros y mucho menos si se trataba de una dama. Mientras se vestía apresuradamente, se reprochaba a sí mismo no ser más ordenado, se pierde tanto tiempo cuando algo no está en su sitio, no podría entretenerse pensando en qué debía ponerse, así que cogió lo primero que tenía a mano y se lo puso mientras se secaba la cabeza.

Acudió a su encuentro como un niño acude a su primera cita. Ella tardaba, porque era lo natural para exprimir los minutos en el pequeño espacio de su reloj mientras el hielo aguaba el vermouth. El silencio anunció su llegada, la música y la gente caminaban más despacio, dentro de un eco de celofán, y sus ojos y sus labios le miraron y le besaron. El mundo se había detenido. No pudo recordar cuanto duró ese instante, pero sí supo que sería eterno, que sin importar lo que hiciese ni donde estuviese, ese momento permanecería para siempre en su memoria... **[Continúa]**